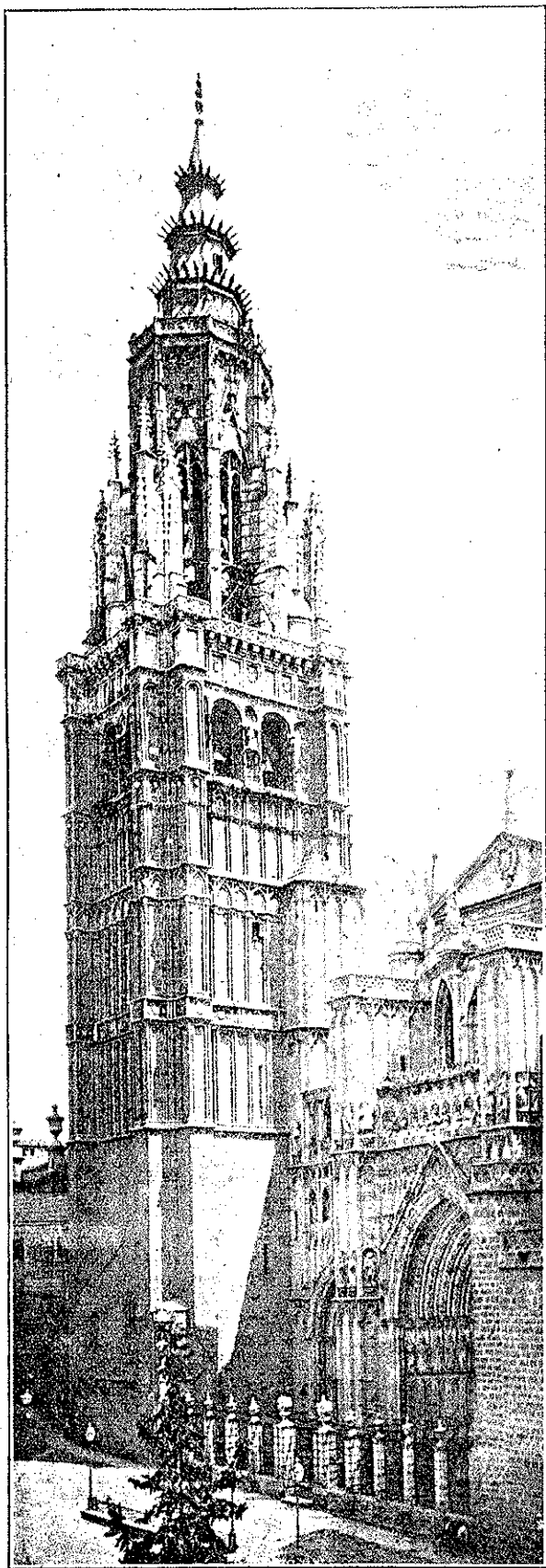


EL ALMA DE LO VIEJO

PIEDRAS DE HISTORIA



He aquí un pedazo de nosotros mismos; un pedazo de nuestra historia romántica y de nuestro hidalgo espíritu, labrado a golpes por el artífice genial, que sintió llegar, acaso una sola vez, el huracán desbordante de la inspiración. Son estas piedras pedazos de nuestro propio corazón, baluartes en nuestra raza soñadora, que pensó en el ideal sin preocuparse de la realidad, que la acechaba.

Son las voces de nuestro pasado, traídas por la melancolía del recuerdo, como una nostalgia de las cosas idas que se esfuman en la vacuidad de los tiempos.

Es nuestra vieja catedral, sombría y triste, como la momia de un asceta, donde se condensan episodios y se tejen leyendas. Ella lo es todo: la síntesis de nuestra historia, de nuestra raza hidalga; es la encarnación de la España creyente y caballeresca.

Acaso bajo sus arcos apuntados, como músculos gigantes en continua tensión, guarden las avaras piedras la conseja galante del orondo clérigo que requebraba a las mozas, rebozándose el rostro con un gesto epicúreo, como los gestos de aquél noble y franco Arcipreste de Hita.

Acaso también los rincones musgosos de sus contrafuertes guarden aquella otra historia triste, de amor, que quedó olvidada y desecha a fuerza de repetirla, abuelos a nietos en las trasnochadas largas de invierno... mientras en el hogar bullía el caldero y chisporroteaban las cepas.

Es la catedral anchurosa, ingente: sus finas agujas se elevan al cielo en un desprezo eterno, inacabable, en el perpetuo éxtasis de una oración interminable... ¡Ah las castizas iglesias hispanas! Vosotras encarnais el espíritu de la raza indomable y orgullosa que paseó triunfantes sus banderas de Covadonga a Granada, y que llevó sus pendones a un mundo desconocido.

Son los portavoces de los siglos que pasaron raudos como un torbellino, dejando tras de sí una estela triste, un remember que clava sus tentáculos en lo más íntimo del corazón.

¡El florón máspreciado de nuestro escudo, sois vosotras, catedrales hispanas, voces de los siglos!

Tortuosas callejas la rodean, pinas hasta la hipérbole, abitas de aventuras, donde pugnaron con singular denuedo espadachines de oficio y señores de blasonada casa. Hoy todo ha cambiado: esas rúas donde se rozaba el pueblo al pasar, son calles modernas, de casas-colmenas, habitadas por gentes tan prácticas como los tiempos. Solo la vieja catedral en medio de esas rúas, como algo exótico, rememora con nostalgia el tiempo que pasó.

Ya en ellas no se oye el sordo rumor de la ronda que pasa, arrastrando con fanfarria las tizonas ahítas de sangre en Flandes y en Italia; ya no se extiende en el ambiente calmoso de la noche, el acre hedor de las teas encendidas, proyectando fantásticas figuras en los muros de la vieja catedral.

Ya se apagó el eco melancólico de aquellos bronce colgados en lo alto, como lamentos de alma en pena; lo voz de aquella campana, tocando a rebato también cambió; aquellos sonos graves, místicos, son hoy algo frívolo, como el espíritu de las gentes.

Sólo queda el recuerdo de todo aquello, para deleite de nuestros corazones amantes de la España castiza y tradicional.

Francisco Gil de Albornoz